

El posible género de los filósofos: el ensayo y la metáfora en la escritura de Alexander Jiménez

Dimitri Shiltagh Prada
Escuela de Ciencias del Lenguaje
Instituto Tecnológico de Costa Rica

Resumen

El objetivo de este artículo es analizar el libro *El imposible país de los filósofos* del costarricense Alexander Jiménez, desde el punto de vista del ensayo y en relación con las figuras retóricas de la metáfora y la metonimia para referirse al blanqueamiento étnico del costarricense.

Palabras clave: ensayo, género literario, tropos, identidad costarricense

Abstract

The aim of this article is to analyze the book *El imposible país de los filósofos* by the Costa Rican philosopher Alexander Jiménez from the point of view of the essay, and in relation with the rhetorical figures metaphor and metonymy, in order to explain the ethnic whitening of Costa Rican people.

Keywords: essay, literary genre, tropes, Costa Rican identity

El ensayo como género ha pasado por diferentes estadios en busca de una definición. Es un discurso ideológico, es una meditación básicamente y, de acuerdo con Skirius, “lleva la impronta del autor” (Skirius, 1994:9).

El desarrollo del ensayo comienza en el siglo XVI, aquellos primeros escritos encontrarían una aproximación en Michel de Montaigne al respecto de sus *Essais* (1580):

Esto es puramente el ensayo de mis facultades naturales, y no,

en absoluto, de las adquiridas; y quienquiera que me sorprenda en ignorancia nada ha de hacer contra mí, pues difícilmente sería yo responsable por mis ideas frente a los demás, yo, que no soy responsable ni estoy satisfecho por ellas ante mí mismo. A quienquiera que busque el conocimiento, séale permitido pescarlo donde este habite; no hay nada que yo profese menos. Estas son mis fantasías, por las cuales intento dar un conocimiento no de las cosas sino de mí mismo. (Skirius, 1994:9)

Aquellas facultades naturales fueron convirtiéndose en rasgos distintivos de este género regido por la razón y complementado por las facultades adquiridas, fueran estas producto de las pasiones o derivadas del erario cultural, o por la inmediatez con la cual estos escritos logran aproximarse al objeto preformado como protodato.

Desde luego, el estudio del ensayo requiere partir de una unidad, de la determinación de las unidades lógicas que lo conforman (ideas y sintagmas) y no de una simple separación de partes; esta es la estructura, el producto final, lo que Adorno (1962) llama la forma. El ensayo como forma, idea que da título al ensayo del alemán, es el género en función de la cosa, la escritura ancilada al objeto de estudio y no el proceso contrario.

Definiciones encontradas en otros teóricos¹ apuntan a presentar el ensayo como la literatura de ideas, de esta forma el lugar de la enunciación se halla en el plano del pensamiento del enunciante. Sin embargo, el ensayo presenta la posibilidad de un diálogo entre este enunciante y el lector, pues parte de las facultades naturales descritas por Montaigne es la cuestión metafísica y no la ontológica.

El ensayo debe ser visto en función de la competencia que le ha sido dada por su conciencia de no identidad, por su radicalidad en un “no radicalismo”, en la abstención de reducirlo todo a un principio, en la acentuación de lo parcial frente a lo total y en su carácter fragmentario.

El ensayo en su esencia guarda una cercanía con la realidad por la inmediatez que lo rige, tanto en tiempo como en espacio, pero a la vez su apuesta se puede definir hacia la búsqueda de un saber. La connotación sobre la verdad y el saber suelen ser objeto de confusión; sin embargo, por tratarse del ensayo, concebido sobre la base de ideas y planteamientos nacidos en la subjetividad del autor (sin plantear que el ensayo sea totalmente

¹ Jaimer Rest apunta que la forma mimetiza el contenido. Hablar de la metáfora sin escribir desde ella es igualmente imposible para el ensayista como hablar del objeto sin enunciarse desde su posición. En el caso de Alexander Jiménez al referirse a la metáfora, esta figura será privilegiada en la consecución de la forma.

subjetivo) su apuesta será hacia un saber que justamente responde a la cercanía con lo que Adorno llamó “la cosa”, la cual debe ser entendida como el protodato.

Si se piensa en el ensayo como el producto de una construcción, debe notarse la forma de sistematización usada por Adorno:

El ensayo no apunta a una construcción cerrada, deductiva, o inductiva. Se yergue sobre todo contra la doctrina, arraigada desde Platón, según la cual lo cambiante, lo efímero, es indigno de la filosofía; se yergue contra esa vieja injusticia hecha a lo perecedero, injusticia por la cual aún vuelve a condenarse en el concepto. (Adorno, 1962:19)

Se deriva que el ensayo busca los contenidos de verdad como históricos en sí mismos, es decir, en la inmanencia de sus propios planteamientos sin preguntar por algún protodato originario.

En suma, debe verse que el ensayo abandona la ruta militar que busca los orígenes y que en realidad no lleva sino a lo más derivado, al ser, a la ideología duplicadora de lo que ya previamente existe; el ensayo, por lo tanto, usará el método ametódico, asumiendo en su propio proceder el impulso antisistemático e introduciendo conceptos sin ceremonias, tal y como los recibe y concibe.

Finalmente, un primer acercamiento al ensayo sugiere la lectura de Lukács en su carta a Leo Popper (1911), en la cual sí hay una definición acerca de la forma del ensayo:

El ensayo habla siempre de algo ya formado o, en el mejor de los casos, de algo que ya en otra ocasión ha sido: es pues de su esencia el no sacar cosas nuevas de una nada vacía, sino limitarse a ordenar de un modo nuevo cosas que ya en algún momento fueron vivas. Y como se limita a ordenarlas de un modo nuevo, en vez de dar forma a algo nuevo a partir de lo informe, se encuentra vinculado a ellas, tiene que decir siempre ‘la verdad’ acerca de ellas, y hallar expresión de su esencia”. (Lukács, 1911:29)

Esta definición ofrece los puntos de referencia más importantes sobre el ensayo, de su forma, de su constitución y de “las cosas” sobre las cuales se constituirá.

La metáfora y el ensayo en la escritura de Alexander Jiménez

Ha mencionado Michel Le Guern (1978) que los tropos o, si se prefiere, usos figurados, pueden reducirse en su mayoría a dos grandes categorías: la metáfora y la metonimia.

Cuando se piensa en el carácter fragmentario del ensayo y en su irremediable tendencia a la reducción de

todo a un principio y a privilegiar lo parcial, cabe destacar los recursos de la metonimia y la metáfora en la constitución del texto. Los casos de metáfora se presentan en la cotidianidad tanto literaria como extraliteraria; valga revisar tal vez la más aguzada de sus definiciones:

La metáfora es una figura por medio de la cual se transporta, por así decir, el significado propio de una palabra a otro significado que solamente le conviene en virtud de una comparación que reside en la mente. (DuMarsais, 1730: 22)

Como se aprecia en la cita de DuMarsais, se trata de una figura comparativa, pero tal comparación es incompleta en virtud de que el hecho de la lectura en el ensayo o en cualquier género literario, resulta incompleto, solo pendiente de la memoria. Por tal motivo, se presenta este acercamiento a la escritura de la metáfora hecha por Alexander Jiménez (o su enunciante acaso) en su libro *El imposible país de los filósofos* (2002). Se trabajará el segundo capítulo del texto de Jiménez para desenmarañar la relación de la metáfora y la metonimia con el ensayo.



La metáfora del blanqueamiento, analizada por Alexander Jiménez como un punto medular en el proyecto político del siglo XIX, encuentra sus bases cuando los intelectuales del Olimpo (liberales) coinciden en sus relatos y escritos en una identidad racial. La transformación del imaginario que no coincidía con la realidad del país constituye por sí misma una metáfora, pues consistía en asignarle una carga significativa y semiótica inverosímil a una sociedad incipiente. Se transformó el conjunto de elementos étnicos que constituían la heterogeneidad y, en cambio, aparece el blanco como el homogenizador racial costarricense.

En los inicios del siglo XIX, la mayor parte de la población era mestiza; sin embargo, desaparecen de nuestra literatura nacional los personajes de otras etnias: mestizos, mulatos, asiáticos, negros e indígenas.

El blanco será la figura que venga a sustituir todo aquel imaginario racial que formó la Costa Rica heterogénea, es decir, una pequeña parte de la población, aquella parte española, sustituiría a la mayoría.

Si bien sobre la base de lo anterior se puede explicar que hay una metáfora en cuanto a la nueva asignación de blancura al ser costarricense, también es cierto que la metonimia es el recurso empleado. Debe comprenderse la metonimia en la acepción del diccionario de Littré:

Metonimia, s. f. Término de retórica. Figura por medio de la cual se coloca una palabra en lugar de otra cuyo significado da a entender. En este sentido general la metonimia sería un nombre común a todos los tropos; pero se la reduce a los siguientes: 1.º la causa por el efecto; 2.º el efecto por la causa; 3.º el continente por el contenido; 4.º el nombre de lugar o la cosa se hace por la propia cosa; 5.º el signo por la cosa significada; 6.º el nombre abstracto por el concreto; 7.º las partes del cuerpo consideradas como albergue de los sentimientos o de las pasiones, por esas pasiones y esos sentimientos, y 8.º el apellido del dueño de la casa por la propia casa; el antecedente por el consecuente. (<http://littrereverso.net/dictionnaire-francais/>)

Ahora bien, debe entenderse, de acuerdo con Jiménez, que dentro de la blancura se agrupaba al mestizo, como si por metonimia se privilegiara la parte blanca. Además, existen hechos que propician este blanqueamiento, pues no se trata de la metaforización de manera arbitraria, sino de hechos que marcan un rumbo en el cual la metonimia y la metáfora van a encontrarse y van cristalizando un método para llegar al blanqueamiento, al menos en el imaginario. Al respecto señala Jiménez:

Con el fracaso del ferrocarril nacional y la llegada al país de grupos de trabajadores de “raza

y cultura distintas”, el proyecto político de blanqueamiento de la población fue reforzado. El estado liberal opta por un discurso nacionalista de tipo terapéutico, es decir, de apoyo a medidas sanitarias para conservar la raza blanca. Los informes de los funcionarios estatales, pronunciamientos del Ministerio de Gobernación y de la policía, leyes y demás, empiezan a contener en sus márgenes y sus centros advertencias contra la mezcla racial por los males físicos; morales; económicas y políticos que traerla. Para que el organismo nacional mantuviera su pureza, creciera y produjera, el Estado liberal introdujo un conjunto de políticas de intervención, de protección social y de sanidad (Jiménez, 2002:196)

Tal metáfora de blancura se logra con base en la metonimia, lo cual hace pensar que ambos se consolidan como complementarios. Véase el caso de Limón, donde gracias a este proceso metafórico, el tropo logra desplazar a los habitantes de esta provincia, al excluirlos del marco de referencia racial costarricense.

Lo que debe comprenderse al respecto del ensayo es su carácter parcial, es que tal parcialidad se ve expresada en la construcción de la prosa de Jiménez, porque lejos de monografiar estos temas y estas metáforas, lo que se acentúa es solo una parte; he ahí el recurso de la metonimia presente en el ensayo, pues el ensayo en su esencia no persigue la

profundidad y se agota cuando él mismo se siente llegado a su fin.

Vale la pena en este punto detenerse para reflexionar al respecto de lo planteado por Le Guern sobre cómo funciona la metáfora, pues ya se ha de haber traslucido en el texto de Jiménez:

La interpretación de la metáfora es posible gracias únicamente a la exclusión del sentido propio, cuya incompatibilidad con el texto orienta al lector o al oyente hacia el proceso particular de la abstracción metafórica: la incompatibilidad semántica juega el papel de una señal que invita al destinatario a seleccionar entre los elementos de significación constitutivos del lexema a aquellos que no son incompatibles con el texto. (Le Guern, 1978:19)

Es así como Jiménez plantea que la creencia en un destino excepcional y ejemplar para Costa Rica no es novedosa y estará presente a lo largo del siglo XX:

La aparición de esta idea puede rastrearse en los tempranos años de la independencia y su desarrollo puede ser seguido desde entonces hasta su implantación institucional por los liberales hacia fines de ese siglo. Aunque no había recibido una articulación filosófica, la invención de la diferencia de Costa Rica con respecto los países de Centroamérica y Latinoamérica

contribuyó a nacionalizar la vida social. (Jiménez, 2002: 170)

Si se confrontan las dos citas anteriores, se puede observar que la exclusión del sentido propio está mediatizada por la metonimia como recurso para lograr la abstracción planteada por Le Guern. Si existe o no la incompatibilidad semántica es una pregunta retórica que se plantea en el texto de Jiménez pues, ciertamente, la nacionalización de la vida social costarricense se consolida en la invención de una diferencia, aquella parte que puede significar el todo: la metonimia de la nacionalidad.

A manera de conclusión, debe tenerse en cuenta que ambos tropos, metonimia y metáfora, están presentes en la historia de esta metáfora de nacionalidad y que, de la misma forma en la cual los escritores del Olimpo tomaron solo una parte del fenómeno étnico costarricense, el texto de Jiménez se acuña sobre estos mismos postulados, lo cual significa la mimesis del ensayo, ya que existe un grado de significación que permite al lector encontrar el diálogo con el enunciante en tanto medie la inteligibilidad por parte del segundo.

Hablar de la metáfora como un recurso en la formación de la nacionalidad costarricense, o al menos de su imaginario, propone que el enunciante se vea inmerso en la construcción de metáforas que den sentido a su texto;

esta es la relación del ensayo con la metáfora: para escribir sobre ella debe apostarse sobre ella, la metonimia permitirá entonces el criterio de exclusión con base en los nuevos significados que deban crearse sin que el ensayo pregunte por un protodato original.

Los temas sobre los cuales versen las metáforas serán retomados por el ensayo en su impulso vital por constituirse muchas veces; la consecución de la forma del ensayo sobre las metáforas dependerá de cuánto logre permear la metáfora el propio texto; esa es la mimesis del ensayo con “la cosa”, ese objeto preformado culturalmente.

Bibliografía

- Adorno, Theodor. *Notas de Literatura*. Barcelona: Ediciones Ariel, 1962.
- DuMarsais. *Traité des tropes*. 1730 Traducción de Jose Miguel Aléa. Madrid: Cátedra, 1974.
- Jiménez, Alexander. “Escrituras, metáforas, imaginarios”. En *El imposible país de los filósofos*. San José: Ediciones Perro Azul, 2002.
- Le Guern, Michel. *La metáfora y la metonimia*. Madrid: Cátedra, 1978.
- Lukács, Georg. “Sobre la esencia y la forma del ensayo (Carta a Leo Popper) (1911)”. En *El alma y las formas. Teoría de la novela*. México: Grijalbo, 1985.
- Rest, Jaime. *El cuarto en el recoveco*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1982.
- Skirius, John. *El ensayo hispanoamericano del siglo XX*. 3ª edición. México: Fondo de Cultura Económica, 1994.
- Weinberg, Lilliana. *Situación del Ensayo*. México: UNAM, 2006.
- (<http://littre.reverso.net/dictionnaire-francais/>)